

Monsiváis: antiepitafio

Por Adriana Herrera

“Carlos, no te mueras nunca!”
¡vitoreaba a Monsiváis el público que asistía al acto de entrega del Premio de la Feria Internacional de Guadalajara en 2006. Remiso a todas las consignas, incluso a las de los aplausos, acaba de desobedecer. Pero esa ubicuidad que le permitía aparecer en todas partes y seguir siendo una de las figuras públicas más esquivas frente al poder —alguien capaz de proclamar hasta el fin: “Me llamo Carlos Monsiváis y no pertenezco a...” —, se multiplicará en el poco habitado panteón de los capaces de conservar hasta el fin la irreverencia.

Todos los epítetos que Carlos Monsiváis recibió de los grandes letrados: “El último escritor público en México”, según Adolfo Castañón; “el escritor más pop que hemos tenido”, según Mejía Madrid; el autor que encarnó aquello de que el estilo es el hombre y no sólo escribió sino que fue “un nuevo género literario”, como le concedió su contrincante intelectual Octavio Paz; el hombre que —en palabras de Elena Poniatowska— “sabía pensar”; el cronista que además de interpretar el México del siglo XX se confabuló en sus intentos de reinención, según Héctor de Mauleón; el ensayista que sobrellevó sin ceremoniales la tarea de ser “una conciencia crítica irremplazable”, como dijo José Emilio Pacheco, se resumen en la naturalidad con que la gente asumió sencillamente que la imagen de “Monsi” era la memoria colectiva andante del país.

Una memoria capaz de mostrar las tragicomedias de las ficciones nacionales sin renunciar a esa forma de resistencia que es la recóndita esperanza. Decía que su “amor a las causas perdidas” se debía a que eran una fuente “de salud mental”. Pero ojo: si la solidaridad con las causas nobles era para él “la mejor familia que pude encontrar”, como afirmó en una ocasión en que le pregunté qué certezas conservaba después de todas las “alusiones perdidas” (título de uno de sus discursos), no menos cierta era su adhesión a otra certeza: “Si una causa no resiste la sátira, no vale la pena”. Acto seguido afirmó: “La intolerancia es la forma más abyecta de la deshumanización, mientras la diversidad nos enriquece, siempre que esté dentro de la ley y fuera de esa fuerza común llamada las buenas costumbres”.

Si la figura de Whitman simbolizó lo mejor del sueño común de Estados Unidos y un solo libro de poemas bastó para convertirlo en su prototipo, Monsiváis encarnó —en decenas de libros— el de una forma de atención sobre la mexicanidad. Y sobre todo lo insumiso (disfrazado de remiso) que puede haber en ésta. Su obsesión fue desentrañar los recovecos del caos y dar cuenta entera de la segunda mitad del siglo XX en México, con una voracidad incontenible por absolutamente todo lo que le rodeaba. Y, sin embargo, alertó más de una vez contra los peligros de la identidad estereotipada. “Es preferible ser contemporáneo, que ser mexicano”

dijo él, que dio cuenta del país entero de tal modo que entendió todo lo humano observándolo. Tanto que Castañon parafraseó a Terencio para caracterizarlo con la frase “Nada [de lo] mexicano me es ajeno”¹.

Desde cuando se involucró en el movimiento estudiantil de 1968 fue arte y parte –casi siempre la parte en desacato– de todo el acontecer público. Las cuatro décadas que van de su crucial *Días de guardar* (1971) hasta su reciente colección de ensayos sobre el DF, *Apocalipstick* (2009) –dos títulos que sintetizan su socarronería y el placer que le producía el kitsch– contienen “ese sí-mismo–público monsvaita”, como lo resumió el académico Tanius Karam Cárdenas, que le permitió dar cuenta incluso de lo más terrible –la represión criminal, o “el conteo regresivo” para la fase terminal del planeta Tierra– con la consciencia de que la “porción de humor” que le había tocado en suerte le alcanzaba para lidiar con lo más ligero y lo más denso.

A diferencia de otros escritores, Monsiváis fue también el hablador que recorrió los territorios nacionales, y todo lo vio, lo escuchó y lo contó simultáneamente desde la altura de una ironía intelectual tan refinada como fulminante, y, desde abajo, confundido con el desamparo de la gente común. Su personalidad tenía algo de cada uno de los tres iconos de la vida nacional que biografio: Pedro Infante, Frida Kahlo y Salvador Novo.

Desistió de hacerse poeta, pero publicó entre 1969 y 1985 una antología con tres volúmenes sobre la poesía mexicana; y no sólo escribió sus textos como un exvoto por el arte y la caricatura, por amor a los boleros y al cine –“la devedeteca personal es la otra



Diego A. Villada Orozco, Taller complementario de ilustración, Facultad de Artes Universidad de Antioquia

biblioteca”, aseguraba–, con una mirada tan capaz de aficionarse como de diseccionar las paradojas de la distracción masiva o la marginación del fútbol o la lucha libre. Era capaz de recitar de memoria páginas enteras de literatura, o de invocar sin transición en la misma cita “La Anábasis” y los corridos de la Revolución Mexicana, a Rubén Darío y a Cantinflas, a Alfonso Reyes y a YouTube.

Nadie entendió como él, los rituales del caos del DF, o el hecho de que el terremoto agrietó el poder del PRI y provocó un movimiento de base que llevó a poner “lo marginal en el centro”; pero fue mucho más que el teórico de las urbes, o que el observador inseparable de la memoria de fechas nacionales que no se olvidan, como el 2 de octubre, el 19 de septiembre, o el 1 de



Ana María González G., Taller complementario de ilustración, Facultad de Artes Universidad de Antioquia

enero, sino de la totalidad de la cotidianidad mexicana.

Con su pasión por entender los ritos contemporáneos y el peso de los objetos en las crónicas urbanas, logró reunir a personajes tan disímiles como el caricaturista Rafael Barajas El Fisgón (a los paseos en su compañía por los librerías y anticuarios de La Lagunilla y Plaza del Ángel atribuye el valor de las caminatas peripatéticas de los alumnos de Aristóteles), el empresario Carlos Slim, el político Andrés Manuel López Obrador, y el fundador de *La Jornada*, Carlos Payán; todos ellos apoyaron a fines de 2006 la creación del Museo del Estanquillo que alberga su colección de 12.000 piezas, entre fotografías, miniaturas, maquetas, dibujos, caricaturas, grabados y objetos de la vida cotidiana.

Después de haber cedido a un cerco periodístico de varios intentos y de haberlo visto escabullirse con Consuelo

Sáizar (un rito que comenzaron muchos años atrás después de un primer encuentro victorioso en el que ella —que entonces apenas comenzaba a incursionar en la vida editorial— pasó el examen en literatura y otras materias vitales y vivió a su lado una tarde inagotable que intentaban repetir cuando podían), Monsiváis desplegó un monólogo que ahora recobro: “Si me pregunto a mí mismo, en la entrevista diaria que me hago —porque todos somos nuestros propios periodistas—, a qué me niego con más furia, respondo que a la falta de curiosidad o a la sensación de que lo que tenía que saber, ya lo conozco. Probablemente al cabo de mis errores reivindico la curiosidad y el entusiasmo. El día que deje de tenerlos, lo que quedaría sería pedir que mi esquelera dijera: ‘Fulano falleció, rodeado de todos sus ángeles agnósticos y de todas las supersticiones que para su dicha nunca compartió’”. Pero lo cierto es que no cejó en el entusiasmo, aunque aseguraba que ya no podría escribir más obituarios de los que había escrito sobre México.

Monsiváis no sólo vivió rodeado de once gatos —que además eran la perfecta coartada para no permanecer demasiado en ningún lugar—, sino que se fue asemejando cada vez más al gato de Cheshire en versión mexicana: aparecía y desaparecía con el don de contemplar desde arriba todas las áreas de la vida nacional (y de presentarse en todos los escenarios del país) y atravesarlas con su mirada en ascuas.

Era dueño de las calles, de los lugares inexpugnables, de los antros, y podía pasearse bajo las escaleras o estar en la luz de los reflectores. Sabía de todos los sucesos de la industria cultural, y anotó de cabo a rabo los diarios performances de la vida urbana. El destello de su

sonrisa –maligna, para los pocos acostumbrados al desacato— era una estela que dejaba incluso cuando se refería a las cosas más graves, antes de desaparecer en el resguardo de su casa a voluntad. Como el gato de Lewis Carroll, desconcertaba con sus paradojas, pero éstas podían arrojar una suerte de encantamiento que protegía a los menos protegidos.

Monsiváis se escabulló no sólo del cortejo del poder, sino del acoso periodístico, aunque fuera una de las más populares figuras mediáticas. “La intimidad es una embajada donde siempre me dan asilo”, se preciaba. En la sala de prensa de la FIL era vox pópuli su recurso de evasión: más de una vez contestando el teléfono de su casa con su voz histriónica de ancianita sorda fingiendo ser la tía o la empleada y anunciando que, desafortunadamente, “El señor Monsiváis” acababa de salir. Esta vez está de salida, pero, como sentenció Carlos Fuentes, “a Monsiváis ya lo hemos ganado para siempre”.

José Emilio Pacheco imaginó un impredecible 2038 en que la FIL celebraría “en su presencia” el centenario de Carlos Monsiváis, y enumeró por centenares y miles los textos acerca de él que se escribieron, las conferencias, entrevistas concedidas, atribuyéndole no sólo haber escrito “la obra cumbre de la maledicencia en lengua española”, sino el famoso don de

la ubicuidad que le habría permitido participar en una mesa redonda en Bellas Artes, ser entrevistado en televisión, contestar preguntas por la radio, y otras actividades realizadas simultáneamente.

“Después de oír a José Emilio, tiendo a pensar que existo”, fue la respuesta inmediata de Monsiváis. La obligación que nos deja, fuera de la celosa guarda y relectura de *Amor perdido*, su *Nuevo catecismo para indios remisos*, *Escenas de pudor y liviandad*, *Los rituales del caos*, *Imágenes de la tradición viva*, entre sus innumerables títulos, es la de no creer, cuando las cenizas de Monsiváis entren al recinto escogido en el Museo del Estanquillo, en su último acto de desaparición. Si hay alguna certeza en el México que anuncia su *Apocalipstik* es que su sonrisa de gato desobediente seguirá apareciendo una y otra vez en el tumulto de nuestra vida cotidiana.

¹ Nota de la edición de *Agenda Cultural Alma Máter*.

La expresión de Terencio es “Soy hombre, nada de lo humano me es ajeno” (*Homo sum, humani nihil a me alienum puto*).

Adriana Herrera

es periodista, colaboradora habitual de la Revista *Poder 360°* con cuyo permiso publicamos este artículo. http://www.poder360.com/article_detail.php?id_articulo=4457&pag=1#ixzz0u3pkWNCW